

DIARIO DE HIROSHIMA
DE UN MÉDICO JAPONÉS

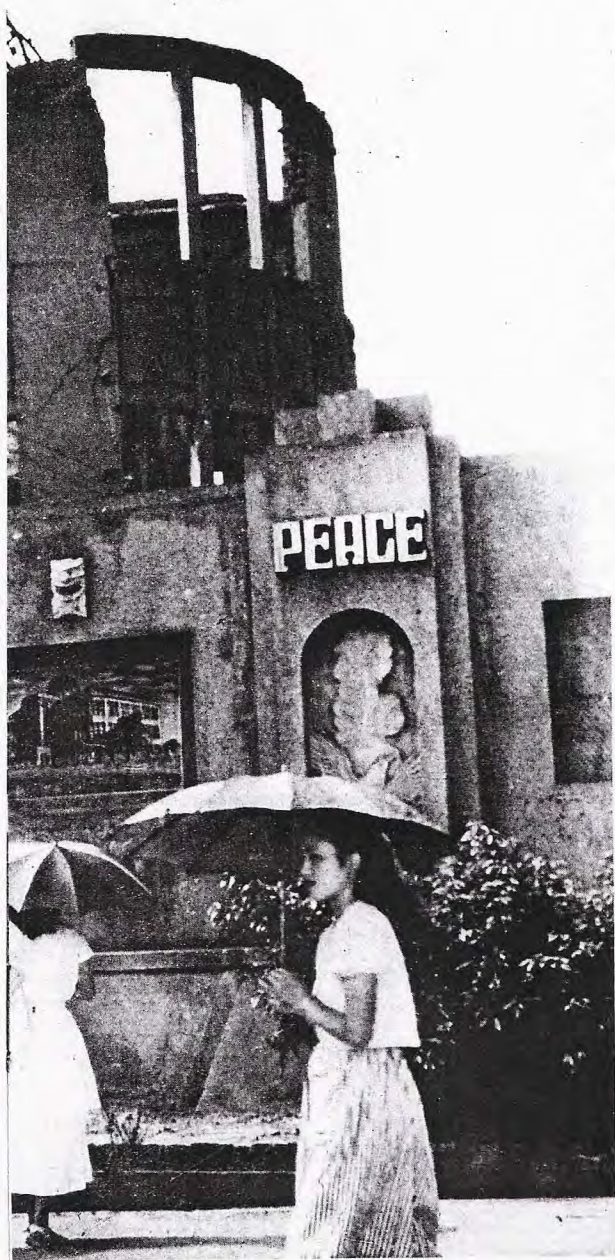


MICHIHIKO HACHIYA
HACE HOY 60 AÑOS SE LANZÓ SOBRE HIROSHIMA LA PRIMERA BOMBA ATÓMICA. SUS EFECTOS SON CONTADOS EN ESTE LIBRO POR EL DIRECTOR DEL HÓSPITAL MÁS PRÓXIMO AL EPICENTRO. EN LA IMAGEN, TOMADA SEIS AÑOS DESPUÉS, EL MONUMENTO A LA PAZ EN LA CIUDAD DEVASTADA POR LA EXPLOSIÓN

TAN EXPLOSIVO COMO LA BOMBA

DIARIO DE HIROSHIMA DE UN MÉDICO JAPONÉS (6 DE AGOSTO-30 DE SEPTIEMBRE DE 1945)
MICHIHIKO HACHIYA
PRÓLOGO DE ELIAS CANETTI
TRADUCCIÓN DE J. C. TORRES
TURNER. MADRID, 2005
240 PÁGINAS. 19 EUROS

FLORENTINO RODAO
Lo más sorprendente de la guerra del Pacífico, aunque parezca una contradicción, fue la llegada de la paz: japoneses y norteamericanos se empeñaron tanto en trabajar juntos como antes lo habían hecho por aniquilarse mutuamente. Ya Ruth Benedict señaló su perplejidad en *El crisantemo y la espada* (Alianza, reeditado en 2003) por cómo se pasó de página.



según su propia expresión. Y el diario de Michihiko Hachiya, director del hospital de Hiroshima más cercano al epicentro, permite comprenderlo a través de pequeños detalles. Incluye una anécdota reveladora: la despedida de dos norteamericanos con un *Konichi wa* [«Hola, buenas»] que provocó risas generalizadas en el hospital, incluidas las de los mismos soldados, puesto que el médico les había saludado con un *goodbye*. Tras ello, un comentario premonizó el futuro de la ocupación: «Todo saldrá bien de ahora en adelante».

Miles de anécdotas como ésta permiten entender ese cambio en la visión mutua tan brusco, porque apenas unos días antes el médico Hachi-

ya prefirió no recibir al primer oficial que le visitó. El hospital se había vaciado, de hecho, porque mucha gente prefirió escapar hacia las montañas al saber de la llegada de los soldados triunfadores.

TIRAR LA PRIMERA PIEDRA. El diario muestra que la bomba atómica apenas modificó ese «paso de página» frente al resto del país. Quizás es porque las notas de Hachiya fueron editadas más tarde, pero su diario no incluye críticas morales por el lanzamiento de esa bomba. Seguramente suponía que, si Japón la hubiera tenido, la habría utilizado («Nos vencieron en una guerra científica, no por la cantidad»), pero también era cons-

ciente de que su país había desencadenado el conflicto y no podía tirar la primera piedra. Los momentos más felices del hospital, de hecho, se produjeron al asegurar un visitante que Japón también tenía esa misma «bomba misteriosa» (sin haberla utilizado, por considerarla demasiado horrible), y había bombardeado San Francisco, San Diego y Los Ángeles como represalia. El diario señala que se entonaron cánticos y se gastaron bromas.

El texto de Hachiya, por tanto, tiene una doble vertiente. La del ciudadano que «abraza la derrota», en la atinada expresión de John Dower, y la del médico que vive un acontecimiento que le rebasa. Por un lado, refleja el sentimiento dominante entre los japoneses en esos momentos, el llamado *kyohatsu* (agotamiento y desesperación), que explica el bagaje del cambio de opinión ante sus antiguos enemigos: el país se estaba liberando. Tras las expresiones como «¡Tanto padecer para nada!» se dieron robos y conductas egoístas por doquier, pero se desencadenó también el deseo de liberarse completamente de todo lo que había entrañado esa opresión militarista, como la moda de dejarse el pelo largo, o que las chicas no sólo estuvieran dispuestas a confraternizar con los soldados americanos sino, incluso, a pasear con ellos, a la vista de todos.

Hachiya, como la gran mayoría de los japoneses, cargó sobre los militares las culpas que evitó a los norteamericanos y sus críticas son recurrentes, incluyendo imprecaciones oídas para que el antiguo *premier* se infligiera *seppuku*: «General Tojo, grandísimo necio, ¿qué esperas para abrirte la panza?».

OLOR A SARDINAS ASADAS. Ante la devastación por la bomba de uranio (la de Nagasaki era de plutonio), Hachiya no pudo sino aplicar el sentido común. Cuando los pacientes comenzaron a tener alopecia o a verse petequias (hemorragias subcutáneas que parecen manchas de mosca), se dedicó a apaciguar temores, aun siendo consciente de su ignorancia. Y cuando surgieron los rumores de gente que enfermaba por el mero hecho de haber visitado unas horas la ciudad, Hachiya se esforzó en mostrar que lo decisivo era la distancia del epicentro en el momento de la explosión. En caso contrario, la ciudad quedaría vacía. Mientras tanto, la vida continuó. Los que llamaron a la bomba *pikā*, por la luz que desprendió, discutían con los partidarios del término *pikadon*, por el estruendo que la acompañó. La consternación por tanta muerte («Al caer la noche, un venticillo del sur nos trajo desde la ciudad un curioso olor a sardinas asadas. Aquello me intrigó hasta que alguien, percibiéndolo a su vez, dijo que equipos sanitarios estaban recorriendo la ciudad para quemar los cadáveres») dio paso al hábito, y la quema del cadáver de la última paciente muerta no quitó el apetito a su antiguo doctor. Tampoco le faltó el prurito de intentar sacar los resultados de sus investigaciones antes que sus colegas de otros hospitales. La bomba, al fin y al cabo, cayó en un país que se estaba desmoronando. Pasados los años, llegaron las conmemoraciones para la Historia. ■